II 4444-17

Cuadernos Internacionales

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 4

El Sindicalismo de los Técnicos

POR

GASTÓN SAUVEBOIS

BIBLIOTECA NACIONAL CHILE

Precio: 60 Centavos

CUADERNOS INTERNACIONALES
Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial

N.º 4

EL SINDICALISMO DE LOS TECNICOS

POR

GASTON SAUVEBOIS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

SEPTIEMBRE DE 1931

Editorial "PROBLEMAS"

Suscríbase a los "Cuadernos Internacionales", órgano semanal de informaciones de la Economía Mundial. Aparece los **VIERNES.**

10 Cuadernos: $ 5.—

En circulación:

"STALIN Y EL REGIMEN CAPITALISTA",
por GEORGES VALOIS.

"LA QUERELLA DE LAS GENERACIONES",
por PIERRE DOMINIQUE.

"LA RACIONALIZACION MARXISTA",
por SAMMY BÉRACHA.

"EL SINDICALISMO DE LOS TÉCNICOS",
por GASTON SAUVEBOIS.

Los **"CUADERNOS INTERNACIONALES"** se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Sindicatos y en diversos puestos de diarios.

Precio: 60 centavos cada ejemplar.

Para referencias, suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2469, Santiago.

BIBLIOTECA NACIONAL
REGION CHILENA
CHILE

EL SINDICALISMO DE LOS TECNICOS

Por GASTON SAUVEBOIS.

Causará extrañeza, talvez, que hablemos de un sindicalismo de los técnicos como de un sindicalismo funcional claramente caracterizado, y algunos creerán que ello tiende a crear divisiones profundas en un movimiento que debería reunir todas sus fuerzas para realizar, lo más luego posible, la reforma necesaria de la sociedad.

En un período de luchas como el actual, todas las fuerzas sindicales deben formar un block contra las potencias adversas e influenciar de conjunto, con todo su peso, los acontecimientos.

Llamar a los representantes de las diferentes funciones sociales para que adquieran la conciencia de sus misiones y dirijan sus acciones colectivas dentro de sus funciones propias, no es crear divisiones. Tampoco lo es preparar una acción general que tienda a un plan común, mejor conducido, mejor concertado y más eficaz. Todo esto significa llevar al sindicalismo entero a que ocupe desde ahora las posiciones que deberá ocupar al día siguiente de la reforma revolucionaria, cuando asuma los diversos poderes y asegure el funcionamiento de la nueva sociedad.

Las luchas en que el sindicalismo debe intervenir actualmente, no son las mismas de sus comienzos. Sólo coinciden en el gran objetivo: alcanzar el bienestar integral de los obreros. Muchas finalidades y conquistas sociales les quedan aún por alcanzar a aquellos que viven unicamente del producto de su trabajo y cuyos salarios han sido siempre medidos en un mínimum de consumo. No se trata solamente, como en Norte América, de conducir al obrero hacia un bienestar material. Lo más importante es que, cuando conquisten sus derechos las clases productoras, tengan los medios y los

medios de conservar esos derechos, que no tardarían en ser recuperados por un patronaje poco escrupuloso y ávido de grandes ganancias, si la vigilancia de las organizaciones obreras disminuye su intensidad o relaja su fuerza constructiva.

La obra del sindicalismo moderno se ha ampliado, reuniendo en su seno no sólo los problemas del trabajo dentro del interés social, sino que también un concepto de las formas de elaborar la nueva economía, concepto que desborda el cuadro del Estado y que se extiende a un vasto plan internacional.

Los sindicalismos más recientes, como el sindicalismo de los funcionarios públicos y el sindicalismo intelectual, están obligados a seguir el movimiento indicado por el sindicalismo obrero; por lo tanto, deben actuar en la defensa de los intereses materiales inmediatos de sus adherentes, en la satisfacción de sus necesidades corporativas y en la creación de organismos superiores susceptibles de integrarse en cualquier momento en el Régimen Sindical que se prepara.

Quiero decir que el sindicalismo no se puede concebir ya como un block, que busca su fuerza simplemente en el número de sus miembros, sino que debe organizarse dentro de los planes funcionales que le asigna la ley de la división del trabajo.

La distinción entre los diferentes sindicalismos no significa, dividir el movimiento sindical, ni reunir en un plan antagónico a los diversos grupos de productores.

Por el contrario, especificando bien la función propia de cada grupo, realizaremos una mejor coordinación en los comunes esfuerzos combativos y una perfecta armonía en la actividad pacífica de ellos Un sindicalismo único, sin instituciones diferenciadas por las funciones mismas del trabajo, sometido a las reglas de una sola organización, no viviría sino en la confusión y en la impotencia.

El método racional, que concuerda con el método creador, exige, en la base sindical, una diferenciación conforme a las diferentes partes del orden social, y dentro del edificio sindical, una unión estrecha en el Estado.

FALSOS COMIENZOS DEL SINDICALISMO DE LOS TECNICOS.

Hace diez años se quiso constituir un sindicalismo de los técnicos. Fué poco después de la guerra; al mismo tiempo que se elaboraban los primeros elementos del sindicalismo intelectual, nació la **Unión Sindical de los Técnicos de la Industria, del Comercio y de la Agricultura,** que creyó contar con una vida propia y combatir dentro del terreno económico.

No pretendemos negar a los Técnicos el título o la capacidad de los intelectuales; pero, por sus funciones, ellos pertenecen más bien al campo económico, y es en lo económico y para lo económico que ellos deben organizarse.

Nada les impide pertenecer individualmente a las diversas formaciones interiores del sindicalismo intelectual. El régimen sindical cuenta innumerables y enormes ventajas sobre el régimen del sufragio universal, entre ellas, acordar a los ciudadanos todos los medios necesarios para que participen en los negocios públicos cuando tengan capacidades personales o roles efectivos en la sociedad.

Desgraciadamente, la U. S. T. I. C. A., inaugurada bulliciosamente, se desvió en su acción e intervino en peligrosas aventuras políticas y allí sucumbió. Hoy no es sino un fantasma. No satisfizo su misión, que era llamar a los técnicos a confederarse y a constituir un organismo capaz de reunir la función técnica dentro de la Economía y dentro del Estado.

Si examinamos las causas de su fracaso, aparece claramente que fué en virtud de una insuficiencia de doctrinas que pereció esta agrupación técnica. Además, desde su fundación misma la U. S. T. I. C. A. no se apoyó en una concepción precisa de la función económica del técnico. Su Secretario General y principal animador, M. Roger Francq, se vanaglorió, en una obra que publicó poco después: **El Trabajo en el Poder,** en confundir el sindicalismo de los técnicos con el sindicalismo obrero. Colocó a los unos y a los otros en un mismo plano, sin hacer entre ellos la menor distinción; aún más, subordinando los primeros a los segundos.

Al preconizar la nacionalización de los instrumentos fundamentales de producción, de cambio, y de repartición. Ro-

ger Francq indicaba las condiciones que esa nacionalización debía satisfacer:

"Gestión de la explotación por delegados competentes, que serán designados por los grupos profesionales formados por sus aptitudes: productores y comuneros.

"Gestores responsables ante los grupos y agentes técnicos de dirección, responsables ante los órganos de gestión.

"Satisfacción a las reivindicaciones de los trabajadores, acordando a los obreros y a los técnicos una parte en la gestión y en el control, lo que permitiría hacer nacer el entusiasmo de la producción (sic), indispensable al renacimiento económico."

Y sin embargo, Roger Franq no ignoraba la situación actual del técnico en las empresas.

"¿Quién dirige la producción? Actualmente son los patrones técnicos, los propietarios poseedores del capital-materia, o los propietarios del capital-circulante.

Es evidente que esta gestión está asegurada actualmente no sólo por los creadores de la riqueza, sino por el poseedor del capital-materia ya creado y del capital-circulante, intermediario en los cambios.

En la evolución de la producción que tiende cada vez más a concentrarse, es indispensable para trabajar económicamente, la acción del patrón-técnico que, considerable en la gestión de la pequeña industria, se reduce a un control en un consejo de administración o a un rol de dirección técnica. La gestión pasa casi en su totalidad de las manos del patrón-técnico a las de los representantes de bancos (es decir, al capital-circulante). Bancos que, en la organización actual, presiden estas concentraciones.

Es un hecho, en las grandes empresas modernas, que la gestión se encuentra asegurada por consejos de administración, que emanan, no de los verdaderos propietarios del capital-materia—los accionistas—sino de los Bancos, dispensadores del capital-circulante.

Estos consejos cuya competencia a veces es mínima—todo el mundo sabe en qué extrañas condiciones son elegidos muchas veces sin considerar el saber ni la experiencia creadora—delegan a los técnicos la dirección efectiva. El Director, con los técnicos de los servicios técnicos, asegurará

comerciales, de contabilidad, es el verdadero artesano de la prosperidad de las empresas.

A veces los Directores forman parte del Consejo, y en ese caso son ellos los que en realidad regentan y dirigen el negocio. Si no forman parte de ellos, los consejos adoptan sus sugestiones, a menos que consideraciones financieras intervengan a favor de otras resoluciones, que a menudo no guardan ninguna relación con la buena marcha de la empresa.

En resumen, en el orden actual, la gestión de la producción se halla casi siempre entre las manos exclusivas de los representantes del capital-circulante, es decir, en realidad, entre las manos de los intermediarios. Algunas veces está compartida por los técnicos, pero nunca por los representantes de la mano de obra.

En la gestión de la producción, intervienen los factores productores en orden inverso de su importancia en la creación de la riqueza: mano de obra y técnica, capital-materia y capital-circulante.

El mal empleo de los valores productores en nuestras Sociedades ha originado un desequilibrio permanente que produce el desorden.

En síntesis, la producción es el fruto del concurso **activo** de la técnica y de la mano de obra, a quien se juntan el capital-materia, elemento pasivo, y el capital-circulante, elemento **convencional**. La mano de obra con sólo el concurso de la técnica tiene la capacidad necesaria para asegurar la producción, es decir, la vida de la Nación.

Así, en el pensamiento de aquel que presidía los destinos de la U. S. T. I. C. A., el técnico aparecía constantemente como el auxiliar del trabajador manual, gran amo natural de la producción.

Sin embargo, quien no sabe que el rol del técnico es más amplio y en realidad más importante que el del trabajador manual, simple agente de ejecución. La iniciativa de toda empresa emana casi siempre del técnico, quien asegura esencialmente su dirección. Este hecho había sido anotado ya por los san simonianos y nos asombra que no haya sido recordado en el momento en que se elaboraba un primer ensayo del sindicalismo de los técnicos.

Apurar las grandes causas produce, a menudo, falsas par-

tidas. La U. S. T. I. C. A. nació talvez demasiado temprano. Se adelantó unos diez años. Las cosas se encuentran más maduras hoy día. La constante repetición de estas crisis horribles que sufren las clases trabajadoras y productoras nos han facilitado una mentalidad colectiva para poder iniciar el gran movimiento sindicalista moderno. Un sindicalismo no se improvisa. Llega a su hora, y ya es una certeza que el sindicalismo de los técnicos va a nacer, pero va a nacer con una aptitud consciente y con toda una misión de trabajo y de organización por desarrollar.

El caso de los técnicos es, en efecto, aquel que se presenta con mayor importancia en la reforma sindical que se elabora. Podemos categóricamente afirmar que de ellos depende el éxito en esta transformación social que se avecina. Son ellos la llave maestra y son también los que articularán el paso del régimen actual al régimen nuevo; todo dependerá de su valor técnico y de su sinceridad con respecto a la ley sindical.

Sin embargo, ellos mismos no pueden, sin el concurso de los otros sindicalismos económicos, transformarse en los jefes reales de la producción y cumplir el rol eminente que les aguarda en la sociedad de mañana.

Esto supone un evidente interés personal entre los técnicos, o más bien un concepto claro de sus dignidades profesionales, que les exige agruparse en torno de la aspiración sindical y aportar una adhesión profunda a los principios de justicia y de solidaridad que invocan las masas obreras, sacrificadas a la exigencia de los patrones individualistas y de las potencias financieras.

Esta adhesión, estamos seguros, será acordada por los técnicos, ya que se encuentran colocados en la mejor posición para conocer los méritos y las virtudes del proletariado, y poseen bastante cultura para darse cuenta de las trayectorias evolutivas de la humanidad.

EL TÉCNICO

Ensayemos de definir al técnico y de conocer su rol en las empresas y en la Economía moderna.

Desde luego, el técnico es el intelectual de la función económica.

Nada se realiza en el orden social sino por la inteligencia, que es el elemento primero, esencial, indispensable, de la Economía.

Las demás cosas son producidas abundantemente por la naturaleza: las materias primas, las fuerzas de transformación y la mano de obra humana. Pero ellas quedarían en estado inerte si la inteligencia no concibiera los medios de hacerlas servir a las necesidades y al bienestar de la humanidad.

El técnico aporta una invención nueva, un perfeccionamiento industrial caracterizado, la idea completa de una explotación; aún más, asegura, según las reglas de la gestión científica o experimental, el funcionamiento de la empresa, organiza los servicios, dirige los trabajos, administra el personal; vela por el empleo racional de las materias primas, por el rendimiento máximo de las máquinas, y en la producción cuidadosa de los objetos manufacturados; es él quien abre los mercados para el consumo de los productos; es él quien establece la cuentas, las estadísticas, los balances, el estado de prosperidad del negocio.

Así, el técnico representa el cerebro, o una de las diferentes partes del cerebro de la empresa. Y es un cerebro siempre en actividad, porque no basta poner una empresa en marcha para que continúe funcionando; es necesario la vigilancia y el control técnico para que desarrolle su pleno movimiento.

Una empresa es una creación continua, en el sentido que debe reactuar contra las fuerzas internas de la lentitud, del menor esfuerzo, de la dilapidación, del desorden que tiende a paralizar; y contra las fuerzas externas de la concurrencia que tiende a menoscabarla o a destruirla.

Como todos los seres, las empresas no pueden vivir sino progresando y adaptándose a las condiciones siempre en movimiento de la vida. Es preciso que se renueven, que se extiendan, que crezcan, que se perfeccionen, que se superen casi todos los días.

Y todo esto es obra del técnico. Está siempre alerta en la brecha, siempre vigilante, siempre al acecho de un progreso o de una mejora que realizar. No existe detalle, por pequeño que sea que no llame su atención; ni existe para él un minuto de descanso.

Está solo, en medio del personal de la mano de obra. Todo lo cuida: la responsabilidad de todo el negocio y el honor de triunfar.

Los obreros realizan simplemente una función definida, cumplen con las instrucciones que ordena un vasto plan; y consideran cumplir con su deber para con el patrón y la colectividad cuando realizan su trabajo exclusivo y lo realizan seriamente, conscientemente, sin trampas para los intereses de la empresa y sin malas intenciones en el objeto realizado. No se les puede exigir más allá de sus fuerzas ni más allá de sus salarios. Pueden colocar su amor propio, ese amor profesional que da el trabajo bien hecho y que fué practicado con tanto entusiasmo en la Edad Media por el pueblo de artesanos. Un obrero puede amar su máquina, como un carretero ama su caballo, cuidarla y obligarla a un rendimiento superior

Tiene un interés personal inmediato en la prosperidad de l aempresa que lo emplea, a fin de asegurarse un trabajo continuo, una ganancia regular, una situación estable, y es esa prosperidad la que lo lleva, muchas veces, a perdonar las injusticias colectivas. Pero el obrero, terminada su jornada, limpiados sus útiles hasta el día siguiente y lavadas sus manos, recupera la entera posesión de sí mismo y recobra toda su libertad de espíritu. Salido del taller o de la oficina, no tiene otra cosa en qué pensar y no piensa más. La satisfacción del deber cumplido lo libera de todo cuidado respecto a su labor.

Regresa a su hogar para ocuparse de los suyos, gustar los regocijos de familia, descansar, distraerse, instruirse.

Por su parte, los proveedores del capital-materia y del capital-circulante ignoran toda o casi toda la vida real de la empresa y los esfuerzos que ella exige para funcionar. No se interesan por la empresa misma,, ni por su utilidad industrial, regional. No conocen otra cosa que los dividendos o los beneficios que perciben regularmente, y eso les basta. Para ellos, ese dinero tan fácilmente obtenido, significa la riqueza, el lujo, la pereza, los placeres, y su vida se desarrolla como si no pertenecieran a un mundo en que todo es creado por el trabajo.

Pero el técnico no ve en la vida sino su empresa y la siente con todo el peso que da una gran responsabilidad. La

siente sobre sus espaldas, sobre su vida. Vive para su empresa más que para sí mismo y su familia. Le consagra sus días, sin contar las horas, sin medir su descanso, ni su fatiga; a menudo le consagra sus noches. Eso se paga algún día, en un momento dado; pero, ¡qué importa! su felicidad depende de esa obra que él ha hecho nacer. No es feliz sino cuando marcha bien, cuando el trabajo está asegurado para los obreros, cuando el porvenir aparece sin dificultades y sin amenazas. A la menor dificultad, cuando algo viene a interrumpir el desarrollo de su obra, el técnico es un hombre preocupado, cuyo espíritu medita y se llena de inquietud, y llega a la duda. No sólo lucha contra las fuerzas materiales, contra las incomprensiones capitalistas, sino que también debe combatir contra muchos factores morales muy diversos. Cuando llegan los plazos, cuando se vencen los créditos y el éxito aún no se ha alcanzado o ha disminuído. ¿Qué hacer? ¿Es preciso echar a los obreros a la calle? ¿Disminuir la producción? Y todas estas preguntas son mortales. O bien, cuando los pedidos aumentan en una forma que no se esperaba. ¿Cómo satisfacerlos? Todo es para el técnico preocupaciones, tormentos, ansiedades.

Talvez no se ha anotado suficientemente que existe en el técnico una vocación que domina su ser, una especie de misión a la cual no puede substraerse. Y no está de más decir que en ciertas circunstancias su obra tiene la misma calidad de genio que aquella de un gran escritor, de un gran artista o de un gran hombre de Estado.

Es cierto que lo económico es lo más materialista de las funciones sociales; no obstante, está alimentado del idealismo y del sacrificio de los técnicos. Son acreedores de cosas que el dinero no paga y que la sociedad no reconoce. Es gracias a ellos que el trabajo, es decir la vida, se asegura a millones de obreros, porque hacen nacer siempre nuevas necesidades y nuevos medios. Por último, ningún progreso podría realizarse sin ellos, ya que los más bellos descubrimientos científicos no tendrían aplicación si los técnicos no imaginaran los modos de aplicarlos al bienestar y al agrado de la humanidad.

LAS CORPORACIONES EN LA GRAN INDUSTRIA

La situación del técnico ha sido siempre difícil. Todo va bien cuando posee los dineros suficientes para explotar él mismo su invención o poner en marcha su empresa. Si posee estos medios financieros, los invierte sin dudar y, aún más, se adeuda más allá de sus propios recursos y vive miserablemente esperando el éxito.

Pero a menudo no posee sino su genio. La fortuna y el genio se reunen muy contadas veces en una misma persona. Diríamos aún que existe entre la fortuna y el genio una incompatibilidad natural. En los tiempos de las corporaciones, de los gremios y de las cofradías, era necesario contar con un cierto haber para comprar un oficio al rey o al señor, establecerse, pagar tributos y dar caución en garantía de solvencia. Muchos aprendices o compañeros, muy capaces de optar al grado de maestro, debían renunciar porque se encontraban desprovistos del peculio necesario, viéndose obligados a pasar toda su vida al servicio de un amo, en lugar de trabajar por su cuenta haciendo valer sus calidades de iniciativa y sus ideas de progreso.

"La organización interior de las corporaciones en el siglo XVIII, escribe Martín Saint-Leon, en su sabia **Historia de las Corporaciones de Oficios**, se prestaban igualmente a críticas muy serias. Sin duda, se mantenía el principio que la maestría era accesible a todos los artesanos y veíamos aún las comunidades protestando contra un proyecto que erigía las maestrías en oficios hereditarios. Pero para quien considere el fondo de las cosas, era muy difícil para el artesano sin fortuna abrirse un camino hasta esa maestría, fin natural y en algunas ocasiones recompensa ordinaria de sus esfuerzos. Los derechos de recepción eran en efecto considerables: 1,800 libras para los carpinteros, 1,700 para los albañiles, 1,500 para los talabarteros, etc. Ciertos oficios prohibían durante un período determinado de diez o veinte años, recibir nuevos maestros, con el objeto de evitar el desarrollo de la concurrencia. Otros decidían no admitir a la maestría sino a los hijos de los maestros."

Y Martín Saint-Leon anota: "Los cofrades acordaban algunas veces, despreciando los estatutos, dispensas para el ex-

men de una obra principal, dispensas que eran obtenidas gracias al dinero.

La caridad y la solidaridad profesional fueron reemplazadas por un reflexivo egoísmo y un exclusivismo metódico. El edificio corporativo—que en los siglos XIII y XIV invocaban la imagen de esas bellas catedrales góticas, cuyo portal ampliamente abierto y cuyas naves vastas parecían llamar sin distinción de rango ni de fortuna a todos los fieles a la oración y a la acción de gracias—no apareció en el sigloXVIII sino en la forma de una Bastilla, donde se había atrincherado una oligarquía celosa y avara que veía aumentar en torno de ella una multitud de sitiadores."

En realidad, es en esa época cuando se forma la clase capitalista y se prepara el reino del dinero.

Aunque la Revolución francesa haya abolido las corporaciones y dado la libertad a la industria y al comercio, no favoreció a los técnicos pobres, porque no tocó el modo de formación o de repartición de la fortuna.

Y, sin embargo, con el inmenso desarrollo científico de la industria, con la creación de vastas empresas y la constitución de numerosas sociedades anónimas, el rol del técnico iba a asumir un papel más importante que el del artesano y del patrón capitalista.

Antiguamente todo patrón era un técnico; había pasado por el aprendizaje y debía rendir un examen para alcanzar el grado de maestro. Trabajaba con sus propias manos y dirigía su casa. No se conocía al burgués ocioso y las empresas no eran lo suficientemente considerables para exigir una dirección especializada. Pero con la aparición de las máquinas y el empleo de un numeroso personal, el patrón solo no pudo ya organizar y vigilar el negocio. Fué preciso que buscara colaboradores instruídos, que no fueran simplemente contramaestres, y estos colaboradores lo substituyeron muy luego en la dirección de la empresa. Muchos de ellos demostraban su capacidad especial para la explotación de una invención o de un nuevo descubrimiento aportado por un modesto sabio o un simple obrero, que había reflexionado largo tiempo en un problema de mecánica o en un procedimiento de fabricación. Era normal entonces que ese técnico tomara a su cargo la dirección de los trabajos, ya que el capitalista o la sociedad que habían interesado en sus proyec-

tos sólo ponían a su disposición los fondos necesarios.

En el mismo momento, grandes fortunas se constituían sobre las ruinas del antiguo régimen, por la especulación de los bienes nacionales, por los aprovisionamientos de los ejércitos, por el agiotaje y la usura, y los herederos de esas fortunas no se preocuparon de trabajarla como sus padres y sus abuelos. Querían aumentar su dinero como otras veces los señores aumentaban sus tierras, sin trabajarlas, viviendo en la ociosidad, viviendo como dandíes, en los clubs; poseyendo caballerizas, queridas, coches, y dirigiendo la moda y divirtiéndose. Toman parte en los negocios que se instalan, ocupan lugares en los consejos de administración, proponen sus millones a los banqueros que les aseguran un dividendo regular y que financian, con esos millones, las industrias y las explotaciones mineras, compañías marítimas y sociedades anónimas.

Así, por una doble acción concordante, se constituye rápidamente la necesidad de nuevos amos que dirijan las empresas, otros hombres que dirijan los negocios en lugar de sus verdaderos propietarios.

La clase de los técnicos no disminuye. Cada año las grandes escuelas: Ingeniería, Minas, Politécnico, Artes y Oficios, y otras más, forman un número importante de ingenieros jóvenes y de futuros sabios que buscan un empleo. Tienen ideas, capacidades, entusiasmos. Gracias a ellos nuevos usinas se equipan sin cesar, las máquinas se perfeccionan, los procedimientos de fabricación se transforman, la industria produce abuandantemente nuevos objetos que embellecen y decoran la vida y aumentan el bienestar humano.

UNA CONCEPCION SAINT SIMONIANA EN FAVOR DE LOS TÉCNICOS

Pero la nueva sociedad que se formó en el transcurso del siglo XIX, en la cual la economía adquiere una importancia cada vez más considerable no responde ya a los principios promulgados por la Revolución. El pueblo de las usinas y el de los campos sufre, dentro de un régimen asalariado riguroso, un nuevo servilismo, una nueva miseria.

No faltan, entonces, algunos espíritus dispuestos a analizar las condiciones fundamentales de esa vida y a denunciar las taras de una sociedad tan inicua como la antigua.

Muchos de esos espíritus van a propagar las lecciones del profeta alemán Carl Marx, que formula su teoría mística de la lucha de clases. Esas lecciones van a extenderse cada vez más, gracias a las enormes injusticias y explotaciones que sufre la clase obrera.

Pero fué Saint Simon el primero que denunció "la explotación del hombre por el hombre". Karl Marx dedujo de ese postulado una parte de su doctrina de combate. Saint Simon, al enunciar ese postulado, enunció otro: "la explotación de la tierra por el hombre dentro de una reconciliación general de las clases". Dejemos a un lado la parte religiosa de su obra, como es preciso pasar sobre la religión de la humanidad de Augusto Comte, su discípulo, que lo hizo llegar al positivismo.

Saint Simon se regocijaba con el desarrollo prodigioso de la industria, pero concebía ese desarrollo más grande aún, más metódico y sobre todo más racionalmente organizado.

Sus puntos de vista, ordenados ahora por sus discípulos, merecen nuestra más gran atención.

—Para que el trabajo industrial llega al grado de perfeccionamiento que pretende, leemos en la **exposición de la doctrina saint simoniana**, las condiciones siguientes son necesarias: 1.° los instrumentos deben repartirse en razón de las necesidades de cada localidad y de cada rama de la industria; 2.° deben estar en razón de las capacidades individuales y ser manejados por manos capaces; 3.° la producción debe estar organizada de tal manera que no tema en ninguna de sus ramas, ni la sequía ni el amontonamiento.

En el actual estado de cosas, en que la distribución se hace por los capitalistas y los propietarios, ninguna de estas condiciones podría realizarse sino después de numerosos tanteos y de funestas experiencias, y aún así, el resultado obtenido será siempre imperfecto, siempre momentáneo. Cada individuo estará entregado a sus conocimientos personales, ninguna visión de conjunto presidirá la producción, y se hará sin discernimiento, sin previsión; faltará en un punto y en otras será excesiva. En virtud de estos defectos en la visión general de las necesidades del consumo, de las fuentes de

producción, las crisis industriales serán cada vez más numerosas. Si en esta rama importante de la actividad social vemos manifestarse tantas perturbaciones, tantos desórdenes, es que **la repartición de los instrumentos de trabajo se ha hecho por individuos aislados, ignorantes de las necesidades de la industria y de los hombres y de los medios capaces de satisfacerla.**

¿Cómo suceden las cosas hoy día? Un hombre concibe una especulación industrial, se esfuerza por reunir todas las luces, todos los documentos que están a su mano, para asegurarse el convencimiento de que su empresa es practicable y de que tiene probabilidades de éxito; pero en el aislamiento en que se encuentran esas luces, esos documntos son necesariamente incompletos. Por muy favorable que suponga su posición individual le es imposible apreciar con justeza la conveniencia de su empresa y de saber, por ejemplo, si en ese momento existen otras personas que se ocupan de esas mismas necesidades que su empresa va a satisfacer. Y eso no es todo. Supongamos que esa especulación sea verdaderamente útil, que el hombre que la imagina sea el más capaz para dirigirla ¿qué hará si los medios materiales de ejecución, sin los cuales su pensamiento permanece estéril, no se encuentran a su disposición? ¿Cómo podrá procurárselos? Deberá dirigirse a los propietarios, a los capitalistas, a los poseedores de los **instrumentos que le son necesarios**, y someterse a su decisión. ¿Pero esos hombres estarán capacitados para pronunciarse sobre sus proyectos y serán jueces competentes? Nó, sin duda. Ellos son extraños a los trabajos de la industria, a los hombres que conciben, dirigen y ejecutan esos trabajos. No poseen, por lo tanto, las garantías de moralidad y de inteligencia que presenta el inventor y que exige la empresa. Los capitalistas sólo estipulan las garantías materiales, allí residen sus creencias y juzgan su validez.

En esta forma, la selección de los directores, de los jefes de la industria y la determinación de las empresas industriales, se encuentran abandonadas al azar; el pequeño número de hombres que pueden ofrecer garantías materiales o que saben prometerlas, obtienen solamente la disposición de los capitales y esos hombres se encuentran sometidos a la vigilancia, al control de sus acreedores, a una vigilancia molesta, testaruda, ciega, impotente: testaruda, porque no ama

el trabajo; ciega, porque no sabe trabajar; impotente, porque no trabaja."

Para remediar esta situación, los saint simonianos proponen la institución de Bancos, organizados en la siguiente forma:

"Este sistema comprendería un Banco Central representando el gobierno del orden material; esta banca sería depositaria de todas las riquezas de la producción, de todos los instrumentos de trabajo, en una palabra, de lo que constituye hoy día la masa entera de las propiedades individuales.

De esta banca central dependerían los Bancos de segundo orden, que no serían sino su prolongación y el medio que ella tendría para relacionarse con las principales localidades, para conocer las necesidades y la potencia productora; y estos bancos dirigirían, dentro de circunscripciones territoriales, bancos más especializados que controlarían en un campo menos extendido, ramas más débiles en el árbol de la industria.

Hacia los bancos superiores convergerían todas las necesidades, y de ellas divergerían todos los esfuerzos. La banca general acordaría a las localidades los créditos, es decir, les entregaría los instrumentos de trabajo, después de haber balanceado y combinado las operaciones diversas, y esos créditos serían en seguida repartidos entre los trabajadores por los bancos especiales, representando las diferentes ramificaciones de la industria.

"... La organización industrial que acabamos de exponer brevemente reune, pero sobre una escala mayor, todas las ventajas de las corporaciones, de las cofradías y de los gremios y todas las disposiciones legislativas con las cuales los gobiernos hasta hoy día han intentado reglamentar la industria; no presenta ninguno de sus inconvenientes: por una parte, los capitales son llevados allí donde sea necesario, por cuanto no podrían existir monopolios, y por otra parte, son puestos a disposición de los hombres más capaces de sacarles un beneficio colectivo, no presentándose los temores que acarrean las injusticias, los actos de violencia, las tendencias egoístas que les reprochamos a los antiguos organismos privilegiados.

En efecto, cada cuerpo industrial no es sino una porción, un miembro integrante del gran cuerpo social que comprende

todos los hombres sin excepción. Frente al cuerpo social se encuentran los hombres generales, cuya función es marcar a cada uno el lugar que más le importa ocupar, y para el mismo y para los otros. Si el crédito se rehusa a una rama de la industria, es que, por el interés de todos, se ha juzgado a los capitales susceptibles de un mejor empleo; si un hombre no obtiene los instrumentos de trabajo que pide es que los jefes competentes lo han reconocido más hábil para desempeñar otra función. Sin duda el error es inherente a la imperfección humana, pero no obstante es preciso convenir que capacidades superiores colocadas desde un punto de vista general, desprendidos de las trabas de la especialidad, deben ofrecer en la selección que se les confía las menores posibilidades de error, ya que sus sentimientos, sus deseos personales, los empujan y los interesan directamente a dar tanta prosperidad a la industria, y, en cada rama, igual prosperidad a los instrumentos de trabajo necesarios a los individuos y exigidos por la riqueza y la actividad humana.

DESPUES DE LOS REYES HOLGAZANES Y DE LOS NOBLES HOLGAZANES, LOS CAPITALISTAS HOLGAZANES

Estudiando las opiniones de los economistas acerca de la propiedad, los autores de la **doctrina saint simoniana**, dicen: "los economistas del siglo XVIII fundaban su sistema político en el interés de los propietarios (es necesario entender por éstos a los nobles que, con la iglesia, poseían la inmensa mayoría de los bienes del reino). Obligados por su jefe (Quesnay) a colocarse en un punto de vista elevado, ellos sentían que su sistema no tendría valor sino cuando los propietarios desempeñaran un rol diferente a aquel de los holgazanes y prestaran servicios positivos a la sociedad, que compensa ampliamente los sacrificios que por ella se imponen. Pero todos esos esfuerzos fueron vanos; ellos hacían bien en predicarles a los ricos holgazanes y decirles que se fueran a vivir a sus propiedades, a dirigir sabiamente la explotación, a transformarse en los primeros labradores del

Estado, abriendo **zanjas modelo,** como lo hace el emperador de la China. Esas opiniones no pasaban ni a la antecámara de los palacios de los propietarios, ni los perturbaban en sus espléndidos banquetes, ni los despertaban en sus sueños."

Si nosotros hemos reproducido estas líneas, es porque se emplea una gran palabra, una de esas palabras que esclarecen el fondo de las cosas. Se habla de los **propietarios holgazanes.**

Todo el mundo sabe que esa holgazanería de la nobleza fué una de las causas profundas de la revolución de 1789, como aquella de los reyes Merovingios, que diez siglos antes, había producido la revuelta de los mayordomos de palacio.

Pero la historia se repite sin cesar. ¿El gran capitalista, hoy día, no tiende a transformarse en una nueva especie de rey holgazán? Hubo un momento en el origen de la gran industria, en los tiempos en que los patrones se ocupaban ellos mismos de sus empresas, y en que las sociedades anónimsa eran aún desconocidas o poco diseminadas, en que el capitalista siempre desempeñó un papel eminentemente útil. Pero esos tiempos cada día van desaparecindo más.

La propiedad tiende en la situación económica moderna, a constituirse en título anónimo, que en tal carácter, no puede poseer una acción real y eficaz en la marcha de las empresas. No es mucho decir que, en general, los propietarios de los títulos industriales ignoran todo en la existencia y en la marcha de los negocios que representan esos títulos. Y los propietarios de esos títulos aceptan esa ignorancia como la cosa más natural del mundo, y es eso lo que da al capital moderno su carácter de holgazán y de injusto.

Y, sin embargo, ese capital tiene un derecho en el dinero de esos negocios y exige un beneficio considerable que desmedra el salario de los obreros, el trabajo y la dirección de los técnicos y ese beneficio recarga la producción y obstruye el normal desarrollo de las fuentes de riquezas.

Hemos dicho que el capital no favorece sino mediocremente el progreso, sujeto siempre a los azares en sus comienzos, porque el capital en principio no tiene confianza en las novedades, ni en los hombres jóvenes y emprendedores. Lo hemos visto muchas veces quebrar inventos susceptibles de causar perjuicios a sus antiguas explotaciones, arruinar

empresas nuevas en las que veían una concurrencia para sus viejas industrias.

En una palabra, la misma constatación hecha por los saint simonianos, se opone, por la forma arbitraria con que distribuye lo económico a la organización metódica y racional de lo económico.

Y todo eso son características de holgazanería, y la holgazanería es también incapacidad.

No nos asombremos, por lo tanto, de ver al capitalismo en un plano cada vez más insoportable dentro de una sociedad, en que no desempeña su rol realmente indispensable. El capitalismo actual es un parásito que extrae un diezmo considerable al trabajo y a la riqueza producida por el trabajo, y se apropia, por derecho del más fuerte, de las riquezas mismas de la naturaleza.

Una sociedad no puede vivir con semejante fardo. Tarde o temprano los beneficiarios de los privilegios y de los abusos serán eliminados de la organización social. Es una cuestión de justicia y de salud. La historia nos ha demostrado siempre el inalterable valor de esa ley.

Una revolución contra el capitalismo es necesaria y urgente.

LA PROXIMA REVOLUCION DEBE SER UNA REVOLUCION LEGAL

Pero nos equivocábamos, no hace mucho, cuando creíamos que esta revolución inevitable se haría bajo los auspicios marxistas y que ella vendría de abajo y sería la obra de los "proletarios" unidos de todos los países.

Una revolución no se determina nunca por abajo.

Se arriesga de caer en el desorden, de entregarla a las manos del populacho que nunca ha tenido la iniciativa revolucionaria.

Una revolución no comienza nunca por ser una revolución sino una reforma.

Una revolución siempre se hace, en sus comienzos, por la clase que desde hace tiempo se halla preparada para continuar las cosas y que se encuentra capaz de asumir el régimen nuevo. La revolución francesa de 1789 fué hecha por los

burgueses, artesanos e intelectuales de la época: la revolución rusa de Marzo de 1917 fué hecha por los parlamentarios de la Douma y es constante que una gran parte de la nación siempre se halla de acuerdo con aquellos que toman la iniciativa del movimiento revolucionario. Atestiguan este acerto los Estados Generales de 1789, y en Rusia la noche del 4 de Agosto, en que toda la población de San Petersburgo y de Moscu indignada contra la política del zarismo dirigida por Rasputin, vivió entusiasmada la ejecución del monje por un príncipe de la familia imperial.

Una revolución es siempre peligrosa por las fuerzas que desencadena y la diversidad de ellas.

No se puede evitar el desorden cuando se recurre a la ilegalidad, a la insurrección. Es el caso de la constitución antigua, que se cerró a toda maniobra de reforma, porque no previno la nueva organización. Pero en un régimen parlamentario bien establecido, en que la ley no es sino la expresión de la voluntad general—o de la mayoría—es posible economizar el recurso de la violencia.

Los verdaderos revolucionarios de hoy día no conciben otro método que el método legal, y es esto lo que da tanta importancia a la entente entre radicales y socialistas para conquistar el poder, y es al mismo tiempo lo que la hace difícil.

Se trata, por una parte, de realizar una revolución que no degenere en actos de vandalismo, en asesinatos, en terror, y, por otra parte, de entregar a la clase capaz el Estado que va a abandonar el capitalismo y a abrir las vías de acceso de la nueva reforma económica.

Para la primera finalidad, una izquierda política unificada, plebiscitada por el país; para la segunda, los técnicos.

Ellos son los mayordomos de palacio del capitalismo holgazán, los representantes del tercer Estado ante la nobleza del dinero.

LA COLABORACION DE LOS TÉCNICOS ES ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE PARA EL EXITO DE LA REVOLUCION

La C. G. T. (Confederación General del Trabajo) ha proclamado que la revolución no debe ser un acto catastrófico que arruine una sociedad, y que lo que importa, antes que todo, al día siguiente de la caída del antiguo poder, es el funcionamiento normal de los organismos de la producción.

¿Quién se encargará, sino los técnicos, aquellos que dirigen ya las empresas y que lo harían mucho mejor aún si no fueran perturbados, entrabados en su acción por la ignorancia, la incapacidad y el egoismo del capitalismo?

El gran problema de mantener la producción en su potencia actual y no solamente aquel de la producción, sino que igualmente aquel de la repartición domina toda la cuestión de la revolución. No solamente porque conviene evitar actos de violencia con respecto a un cierto número de personas que tienen derecho a la vida en cualquiera circunstancia social, y destrucciones bárbaras de la riqueza realizada, sino porque se trata también, y sobre todo, de hacer triunfar la revolución, impidiendo que se suma en la anarquía y que comprometa un progreso eminentemente deseable y perfectamente realizable.

Hay que persuadirse, en efecto, que si ninguna revolución puede tener éxito por los medios pacíficos, jamás el progreso de las sociedades se realizará en condiciones normales. La humanidad irá de choques en choques en una vía aventurera, sembrada de estacas. Mientras que nosotros pretendemos ahora la posibilidad de dirigir las cosas y los hombres según reglas seguras, según la ciencia positiva de la sociedad y del gobierno. Un Lenin ha podido vanagloriarse de haber instituído una teoría de la revolución marxista y dado el ejemplo de un golpe de fuerza infaliblemente conducido. Hay que confesar que ha sabido, con pocos hombres y en poco tiempo, tomarse el poder y ganar la partida, colocando bajo su mano los ministerios, los ferrocarriles, los co-

rreos y telégrafos y teléfonos, el ejército, la marina, los bancos y los principales depósitos de mercaderías.

La revolución de mañana no será tan simple. Deberá ser largamente preparada. Ella comporta un método que la obliga a mantenerse en la línea recta. ¿Por qué no tendríamos nosotros una teoría de nuestra revolución? Mantener la producción en su desarrollo actual es una condición esencial del éxito de la revolución y hace absolutamente indispensable la colaboración de los técnicos a la revolución.

Por lo demás, esta colaboración parece asegurada, puesto que ella los liberará de la dominación del capitalismo y los hará señores efectivos de las empresas.

EL PROBLEMA PLANTEADO POR LOS TECNICOS

Según el espíritu de los técnicos, se comprende que planteen a su vez un problema: Cuando se produzca la revolución y caiga sobre nosotros toda la responsabilidad económica, ¿en qué condiciones se nos mantendrá en la dirección de las empresas? ¿Será como en Rusia, en los primeros tiempos del comunismo, en que carecíamos los técnicos de autoridad?

En la misma Rusia, el principio de la doctrina marxista, que entrega todo el poder en manos de los proletarios, ha debido ceder ante los hechos y restablecer la autoridad del técnico. Se la ha restablecido haciendo intervenir al partido comunista, "que corrige las elecciones, y que por encima de las elecciones sindicales ayudadas constituye el órgano incontestable de propulsión, el verdadero motor de la economía soviética."

Pero, como lo hace notar justamente Georges Valois, no puede fundarse régimen alguno sobre la dictadura permanente. La dictadura no puede ser sino un período pasajero, un estado de crisis o de transición. Exige demasiado de todos, de aquellos que la ejercen, tanto como de los que la sufren. La naturaleza humana no está hecha para soportar largo tiempo regímenes excepcionales, y la naturaleza de las cosas las admite talvez menos.

Es necesario, pues, reconocer sin reservas que el técnico

debe ejercer autoridad en la empresa. Bajo esta condición esencial la producción estará asegurada en el nuevo régimen y la revolución triunfará.

UNA FALSA CONCEPCION DEL ROL DE LOS TÉCNICOS

Pero planteemos inmediatamente la objeción.

¿Quién nos prueba que la revolución no se hará, entonces, es el solo provecho personal de los técnicos que ejercerán sobre los obreros el mismo poder dominador incontrolado que los capitalistas de hoy día?

¿No sucederá una vez más lo que se ha visto siempre en las revoluciones: una clase tomar simplemente el sitio de otra, sin que nada cambie en realidad en la forma de la sociedad?

Así como los mayordomos de palacio substituyeron a los reyes holgazanes y, como mil años más tarde, la burguesía suplantó a la nobleza, los técnicos al derrocar al capitalismo ¿no lo harán con el objeto de ocupar las posiciones y acaparar las ventajas y privilegios?

¿Esta revolución no será del género más falso: una revolución de personas en lugar de una revolución de estructura?

Es aquí donde debe intervenir el sindicalismo, ese sindicalismo de los técnicos que nosotros hemos deseado constituir al principio de estas páginas, sobre otras bases que aquellas de la U. S. T. I. C. A.

La U. S. T. I. C. A. fué impotente en el momento de su fundación de destacar la doctrina del sindicalismo que debía servir.

Y se engañaban igualmente sobre el rol de los técnicos quienes, en la misma época, les pedían que fueran los árbitros de las diferencias surgidas entre el capital y el trabajo: una tal concepción seduce, sin duda, por su lado generoso; pero en lo económico, más que en ningún otro dominio social, es necesario desconfiar del sentimentalismo y no perder de vista lo real.

De buena fe, sin duda, pero ingenuamente, se creía que

por su posición intermediaria entre los empleadores y los empleados, por las relaciones directas que ellos mantienen con los unos y los otros, los técnicos se encontraban en condiciones de conciliar los intereses de los dos campos opuestos.

Esto era pedirles lo imposible.

No tenían ningún título para eso, ningún poder de persuación o de reprimenda ante los patrones ni ante los obreros. Se les quería encomendar una misión embarazosa y aún peligrosa para sus propios intereses. Sin que hubieran podido tener éxito, habrían perdido de ambos lados desagradando a todo el mundo a la vez. Además, ni los patrones ni los empleados desean intermediarios y menos aún árbitros de este género para arreglar sus conflictos.

Esta concepción de un arbitraje soberano, entre el capital y el trabajo partía, por otra parte, de un desconocimiento del problema social tal como se plantea hoy día.

No hay posible arbitraje entre el Capitalismo y el Trabajo, puesto que el primero, por su holgazanería y parasitismo se condena a sí mismo a desaparecer.

LAS GARANTIAS DEL TRABAJO

Es lo más probable que los técnicos no se imaginen que solos podrán realizar por sus propios medios la revolución económica.

Se ha visto con anterioridad a la burguesía apoyarse sobre el pueblo, pedirle su concurso para derribar el antiguo régimen y después que la revolución se ha cumplido, olvidar sus promesas y no acordar al pueblo sino una democracia teórica.

Es verdad que la burguesía no había celebrado ningún contrato con el pueblo, y que éste, siempre confiado, no había exigido nada real en garantía de las promesas prodigadas. Ningún sistema jurídico se había elaborado, y no podía ser de otra manera. La revolución del 89 ha tenido algo de espontáneo. Fué un salto en cierto modo de la naturaleza del mundo. Se hizo sobre principios que parecían tan evidentes, que no eran necesarios sintetizarlos en una forma nueva.

Mientras que hoy día se trata de una reforma esencialmente económica del mundo preciso y delimitado de los intereses. Y el trabajo que se prepara desde largo tiempo por el órgano superior de sus sindicatos, conoce ahora la naturaleza y extensión de las relaciones económicas, y está pronto para discutir las condiciones positivas de su participación en la reforma.

El sindicalismo del trabajo no tiene casi razón de ser, si no supone y prepara un régimen de contratos, fijando las condiciones previamente reflexionadas, bajo las cuales se ejecutará el trabajo en las empresas, tan pronto como se instaure el orden nuevo. Su primera preocupación fué de asegurar la propiedad del trabajo a los trabajadores, de poner a éstos en condiciones de conocer el valor exacto del trabajo y su justo rol en la producción, de determinar así los derechos. Toda esta preparación está hecha o casi hecha, y si ella no lo está todavía completamente, los dirigentes del sindicalismo obrero han adquirido a lo menos una ciencia, una cultura sindical que les permitirá, discutir útilmente, cuando lo necesite, las cláusulas de los acuerdos por celebrar con los técnicos.

Las condiciones de la próxima revolución son distintas a las de la revolución del 89; diferentes a las de Rusia, cuando los demócratas y más tarde los bolcheviques se adueñaron del poder. Por esto el proletariado puede estar seguro de que no será engañado por los técnicos.

VIRTUDES DE LOS TECNICOS

Pero nosotros estamos persuadidos que se ofendería gravemente a éstos, al suponer que no sueñan sino en una revolución hecha para su solo beneficio y que dejarían los otros órdenes del trabajo en la situación que les ha impuesto el régimen capitalista.

Ninguno de ellos se ilusiona tan intensamente que espere que ellos sean capaces para derribar el sistema capitalista con sus solos medios. Es talvez el grupo social que pone lo menos. Ellos no son de esas minorías que puedan realizar "golpe de fuerza" y ni está en sus hábitos, en su temperamento

intelectual, tender hacia la aventura, es decir, especular con el azar.

La única revolución posible no es asunto de intereses personales para nadie. Es cuestión de interés general. No es una clase la que debe beneficiarse, sino la colectividad entera. No se trata, en efecto, no nos cansaremos de repetirlo, sino de llevar la función económica a su más alto dinamismo, a su más alto grado de rendimiento, aboliendo las trabas que le oponen los intereses privados y los egoísmos de algunos. **En una palabra, reemplazar el régimen individualista de hoy por un régimen socialista en el sentido más puro del término.**

Puede estimarse que, a pesar de la depravación general del siglo, el espíritu científico ha guardado intactas sus virtudes. Ese es el espíritu de los técnicos. Y es probablemente ese espíritu quien irá en contradicción, poco a poco, con la corriente de la época y restablecerá al mundo a su situación normal.

Los técnicos, obreros indicados de esta restauración, ofrecen todas las garantías morales que exige la revolución. Su práctica cuotidiana de las realidades los pone en guardia contra los espejismos y las ilusiones. Por las dificultades que encuentran cada día en la realización de sus proyectos, ellos miden mejor que nadie las fuerzas y las posibilidades de la sociedad, el rendimiento de los esfuerzos y las esperanzas realizables.

Y, en seguida, nadie está mejor colocado que ellos para conocer el valor del trabajo, los méritos del proletariado, sus cualidades y los derechos que pueden reivindicar en la producción. Por sus funciones, son los mejores jueces y testimonio de la dignidad obrera, y este rol debe ser reconocido bajo formas jurídicas u otras, por la persona del trabajador.

El mundo capitalista está cerrado para eso, porque vive lejos del proletariado, sobre un plano diferente, basado en una cultura hecha por una élite orgullosa, artificial, infatuada de sus privilegios y que desprecia profundamente todo lo que no forma parte de ella misma. Cultura que separa a la humanidad en dos partes: a un lado los amos, el otro los esclavos.

Pero los técnicos están en contacto directo, diario, con el mundo inmenso del trabajo. Conocen las miserias y las virtudes mejor que los hombres de letras, que afectan amar

al pueblo, y cuya actitud tiene siempre algo de condescen-
diente que impide que se establezca la comunión, la profun-
de identidad de los hombres colocados por el destino en tan
diciones diferentes. Una nueva cultura puede formarse y
ellos quieren colaborar a ella.

OTRAS REFERENCIAS A LOS CONCEPTOS SAN-SIMONIANOS

En su libro de espíritu profético, que concentra el fruto de una experiencia realista de treinta años: **"Una nueva era de la Humanidad"**, donde se ha complacido en dibujar a grandes rasgos el bosquejo de una futura república sindical, Georges Valois definió así el rol de los técnicos:

"La experiencia muestra que, en todos los regímenes, prácticamente, los organizadores se designan entre ellos. Las empresas no son verdaderamente prósperas sino cuando colocan en sus direcciones a aquellos que las conciben y osan tomar la responsabilidad. Eso es lo que hay que legalizar en el cuadro de la nueva economía. Y para ubicar al Estado, los organizadores económicos y los obreros han llegado a esta concepción general:

"Los organizadores de la producción aportarán sus concepciones, sus invenciones. Los técnicos tendrán la dirección de todo un sector económico. Será el sindicato bancario y el sindicato de los técnicos interesados, quienes, bajo la racionalización socialista del crédito, pondrán a disposición de las iniciativas particulares y colectivas, todos los elementos necesarios para el trabajo y la producción.

"La gestión será hecha bajo la responsabilidad del personal de producción profesional; y el trabajo se ejecutará en las condiciones establecidas por acuerdos entre los sindicatos organizadores y los sindicatos obreros."

Este párrafo sintético enuncia netamente los principios esenciales de la nueva organización económica y expone de una manera clara las condiciones bajo las cuales se encontrarán sometidos los conductores de empresa.

Se ve que sus derechos implican igualmente deberes que

les será imposible eludir y que estarán encerrados en una organización sindical completa de la cual no podrán evadirse.

Es el régimen de contrato al que nos referíamos más arriba.

NECESIDAD DEL SINDICALISMO DE LOS TÉCNICOS

Que el sindicalismo de los técnicos se constituya, pues, lo más rápidamente posible sobre sus bases verdaderas y prepare por su cuenta el advenimiento de la nueva sociedad que debe suceder al régimen capitalista.

Es imposible que los técnicos, si quieren colaborar a la revolución—y todos sus intereses los conducen a ello—queden bajo el régimen individualista.

Desde esta última posición nada puede hacerse de lo que se necesita.

Toda la reforma de la sociedad descansará, así como acabamos de verlo en la cita del libro de Georges Valois, sobre un régimen de acuerdos generales y particulares, celebrados en los diversos órdenes de la economía. Acuerdos que tendrán por fin favorecer el progreso, extender la producción y colocarla en condiciones de responder a todas las necesidades de los hombres. No podrán, pues, ser elaborados sino por organismos especiales que abracen toda la extensión de la Economía.

Esta es la obra de los sindicatos.

Todos los sindicalismos, ya sea de los intelectuales, de los funcionarios, de los que ahorran dinero, de los técnicos, deben llegar al mismo grado del sindicalismo obrero.

Se puede creer que los sindicalismos más recientes franquearan más rápidamente las etapas de la evolución y llegaran pronto al estado superior de su organización.

Aparece, pues, ahora, sin peligro para la unidad de la acción económica y para el éxito de la revolución, que el sindicalismo de los técnicos se constituya aparte del sindicalismo de los trabajadores. Se ve netamente la razón.

Los técnicos tienen una función perfectamente definida en la producción y que importa conservar distinta de aquella de la mano de obra, por especializada que sea en ciertas empresas. La buena marcha, la prosperidad de las empresas,

dependen de esta diferenciación. Esta no es una cuestión de orgullo o de superioridad, sino únicamente de racionalización económica.

El sindicalismo de los técnicos tiene también un objetivo propio, una misión que no puede llenar ningún otro.

Necesita crear los organismos que le permitan desempeñar su rol: esas uniones regionales, esas federaciones de industrias, de comercio, de agricultura, esas Bolsas o Casas comunes, esas oficinas de estudio, esos boletines, esa confederación general que el sindicalismo obrero ha creado y que es casi un modelo perfecto y que no sería en manera alguna vergonzoso copiar.

Necesita también engendrar ese personal sindical de militantes, de jefes, de secretarios generales, que se consagren con toda su alma a la elaboración de la doctrina y creen una conciencia y un honor corporativos que formen una de las más bellas partes de la moral moderna.

Distinto del sindicalismo de los trabajadores, el sindicalismo de los técnicos no será por eso su adversario. Los une una común razón de ser. Cada uno de ellos preparará, por medio de los intereses que tiene que defender en el cuadro del interés general, los contratos que técnicos y obreros deberán celebrar con leal intención de ejecutar.

El acuerdo es para ellos la regla superior. Aportarán una común buena voluntad, una resolución igual de allanar todas las dificultades de una situación que no resulta de la divergencia de los intereses sino de contradicciones de la naturaleza.

Ahora, que los técnicos se decidan. Con ello la revolución sindical puede cumplirse en forma pacífica, sin interrumpir el orden social ni la producción.

Sin ello, la revolución será violenta, fatal, bajo la presión de las fuerzas obscuras del mundo, donde no faltan los malos pastores.

Esta es la hora, para ellos, de asumir su responsabilidad

"CUADERNOS INTERNACIONALES"

En Prensa:

"MARXISMO",

por SAMMY BERACHA

y ARTURO LABRIOLA.

"LAS ETAPAS DEL SINDICALISMO",

por GUSTAVO RODRIGUEZ.

"EL SILABARIO RUSO",

por LUNACHARSKY.

"CAPITALISMO Y SOCIALISMO",

por STALIN.

"LA INTERNACIONAL COMUNISTA",

por TROTSKY.

"LA CRISIS DEL ORO",

por JORGE BORIS.

"EL HOMBRE ECONOMICO MODERNO",

por WERNER SOMBART.

"FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO",

por ALBERTO AFTALLION.

"CÓMO FRACASAN LAS REVOLUCIONES",

por GEORGES ARMAND.

"ORGANIZACION ECONOMICA DE DOS CONTINENTES" (Eurafrica),

por GEORGES VALOIS.

"EL PROCESO DE LOS INDUSTRIALES DE MOSCU",
por BERNARD SAVIGNY.

LA RUSIA SOVIETICA Y LA CRISIS MUNDIAL",
por ROGER FRANCQ.

"LA QUIEBRA DEL FASCISMO",
por PIETRO NENNI.

"EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO",
por EDUARDO BERTH.

"LA EVOLUCION DEL PROLETARIADO",
por GUSTAVO RODRIGUEZ.

"ALEMANIA 1931",
por RUDOLF LEONARD
y PAUL LOUIS.

"EL PLAN QUINQUENAL Y LOS CARACTERES DE LA ECONOMIA SOVIETICA",
por ARTURO LABRIOLA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Imp. "Carnet Social". — Morandé 636/640. — Santiago

NUESTRA FINALIDAD

La Editorial **PROBLEMAS**, se propone, con la publicación de los "Cuadernos Internacionales", interesar al país en el estudio de las cuestiones económicas y sociales.

Los "Cuadernos Internacionales" de la Editorial Problemas, darán a conocer las opiniones más autorizadas de los grandes maestros de la Economía Mundial, y sobre temas actuales que tengan relación con los problemas de Chile y del Continente.

Nuestro propósito es difundir las doctrinas económicas de la época, servir una nueva cultura, fundada en las necesidades del trabajo y de la justicia social y ayudar a la formación del Estado Moderno, técnicamente organizado y coordinador de las energías colectivas.

En los "Cuadernos Internacionales" se discutirán libremente las doctrinas sindicalistas, marxistas, socialistas, individualistas. Pero la discusión será científica y no partidaria.

Publicará trabajos técnicos basados en la ciencia y no artículos dilettantes, llenos de pasión y de falsa sapiencia.

Valorizar el país, dar una cultura al país, hacer un país, he ahí, en resumen, nuestro triple objetivo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION

EDITORIAL

Problemas

Administración: GREGORIO GUERRA.—Casilla 2468.

Santiago